

ner de su parte á los orientales, y demuestra Agustín la conformidad de la doctrina de los católicos con la de los Padres de todos los tiempos y de todos los climas: luego le hace ver, que acusando de maniqueísmo á sus enemigos, deshonra tanto á los Santos Ireneo, Cipriano, Hilario y Ambrosio, como á los mas famosos doctores griegos San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. Cítale entre las autoridades mas célebres, la de dos escritores cuyas obras no tenemos ya, á saber: Reticio, obispo de Autun, y un obispo español llamado Olimpio.

Justificaron los orientales al momento el testimonio que se acababa de dar de ellos; pues habiéndose quejado á estos los pelagianos de la que llamaban persecucion de los occidentales, en particular de la dureza é injusticia que fingian hallar en negárseles un Concilio general, no encontraron mejor composicion que con sus primeros jueces. Atico, patriarca de Constantinopla, á quien enviaron algunos emisarios, les opuso la antigua creencia de la Iglesia, y aun hizo alejar de su rebaño á estos contagiosos hereges (1). No fueron mejor recibidos en Éfeso, en donde Celestio habia permanecido en otro tiempo y adquirido relaciones con varias personas. No servian estas tentativas sino para mostrar y prevenir los intentos dañosos de una secta inquieta y turbulenta. Delatado personalmente Pelagio en un Concilio presidido por Teodoto de Antioquia, fué condenado como herege, y despues arrojado de los santos lugares (2); de lo cual Prailo, obispo de Jerusalem, dió aviso al Papa de acuerdo con el patriarca de Antioquia. Despues de este suceso ocurrido en 421, no se vuelve á hablar mas de Pelagio: era ya muy viejo, y verosímilmente

(1) Prosp. Carm. c. 2.

(2) Merc. Comment. ann. 429.

no sobrevivió mucho tiempo. Uno de los emisarios enviados á Oriente fué Julian de Eclana: luego que recorrió diferentes provincias con sus compañeros, pasó á Cilicia á ver á Teodoro de Mopsuestia, al que miraba justamente como á maestro suyo, y que no estaba muy firme en las verdades fundamentales del cristianismo, como veremos despues. Con todo, por una contradiccion singular, pero que no debe admirar en unos hombres que son tan inconsecuentes en los principios de la probidad como en los de la fé, luego que Julian salió de Cilicia, hubo allí un Concilio en el que Teodoro condenó el pelagianismo y anatematizó nominalmente á Julian.

Admirábase entonces en el Oriente la virtud extraordinaria de San Simeon Estilita, cuyos primeros pasos en los caminos de la santidad pasmaron ya á los mas perfectos. En vez de un niño descuidado y casi salvaje, de una rusticidad é ignorancia extrema hasta la edad de trece años en que dejó la guarda de sus rebaños; vióse un santo y sublime asceta, tan ávido del alimento espiritual como indiferente al del cuerpo. Comía una sola vez á la semana, y esto con gran dolor, pues no podia negarlo á su cuerpo sin ser homicida de sí mismo. Las maceraciones acostumbradas eran para él como ejercicios de regalo: extraordinario en todo, hizo su celda en un pozo inficionado: su cilicio, con los nudos de una cuerda que le ceñía y oprimía de tal modo que se le entró en la carne, de manera que hizo de la mayor parte de su cuerpo una horrible llaga. Y aun esto no fué mas que un preludio de su larga y milagrosa penitencia, mas admirable sin duda que imitable, y cuyo espectáculo dió el Todopoderoso al mundo para aterrar la flojedad, y mostrar hasta qué punto la fuerza de su gracia puede elevar la flaqueza humana.

Por espacio de treinta y seis años, es

decir, hasta la decrepitud y la muerte, no tuvo otra morada que lo alto de una columna, en la que sin cesar padecía el calor visivísimo de la Siria, ó el frio agudo de sus noches húmedas, y las lluvias, vientos y hielos, en extremo rigurosos en aquellas provincias en ciertas estaciones. Formósele una úlcera en un muslo, de la cual corrian por la columna los gusanos y la podredumbre; pero nada pudo separarle de su resolucion. Al mismo tiempo que daba la salud á una multitud innumerable de enfermos que de todas partes le llevaban, lejos de pedir á Dios su propia cura, se tenia por tan feliz y dichoso en sufrir sin cesar, que él mismo volvia á poner en la llaga los insectos que le devoraban vivo. No obstante, vivió sesenta y nueve años; prodigio increíble como todos los de su vida, si no hubiera pasado á vista de todo el mundo, por decirlo así, en un tiempo y lugares conocidos, cerca de un monasterio numeroso, á quince leguas lo mas de Antioquia. Pareció tan singular y extraordinario este espectáculo, y duró tanto tiempo, que de los lugares mas lejanos acudieron para experimentar con la humildad de San Simeon el espíritu que le guiaba por sendas tan desconocidas. Los Padres del desierto enviáronle á decir que bajase de su columna, é inmediatamente creyó debía hacerle y bajar de ella. Visitáronle tambien con admiracion los emperadores, y le consultaron sobre los objetos mas importantes al Estado y á la Iglesia (1). Además del testimonio de los fieles, los sarracenos y otros infieles que acudian todos los dias á su columna, y que le veian obrar en ellos un número infinito de curas milagrosas, dieron á estos prodigios una celebridad que se transmitió de edad en edad hasta los últimos siglos. Teodoreto que le habia visto y ha-

blado muchas veces durante su larga y maravillosa vida, cuyo epitome escribió entonces, pone á todas las personas de su tiempo por testigos de lo que dice (1). Preveía, sin embargo, la dificultad que tendrian los venideros en creer estos hechos mucho mas verdaderos que verosímiles. «Estas cosas, continúa, son tan superiores á la humanidad, que mi relacion atestiguada, digámoslo así, por todos cuantos ahora viven, tendrá luego el carácter de una fábula á los ojos de los que, no conociendo las cosas divinas, miden por las fuerzas de la naturaleza todo lo que oyen.»

La historia de Santa María Egipciaca no es menos maravillosa ni menos cierta que la de San Simeon (2). Despues que esta pecadora predestinada se abandonó durante diez y siete años á las fogosas pasiones de la juventud, con un furor poco comun hasta en las personas mas perdidas, el brazo misericordioso del Señor la sacó como á pesar de ella del abismo de iniquidades en que se precipitaba cada dia mas. De la ciudad de Alejandria, teatro ordinario de sus vergonzosas disoluciones, pasó á la ciudad santa de Jerusalem con el intento de tender lazos aún á la misma piedad de los peregrinos, y satisfacer toda la viveza de sus pasiones entre la innumerable multitud de extranjeros que atraía la próxima solemnidad de la Exaltacion de la Cruz. El dia de la fiesta vió ella que todos acudian al lugar santo, quiso entrar con ellos; pero se sintió rechazada invisiblemente desde el momento en que veía la iglesia. Llegó, no obstante, hasta la puerta con un trabajo y esfuerzos prodigiosos, y no pudiendo entonces dar un paso adelante por mas que se esforzaba, se retiró á un rincon del peristilo ó pórtico de columnas mientras que todos entraban libremente.

(1) Teodor. Philot. pag. 883.

(2) Bolland. 2. April.

(1) Evagr. l. 2 hist. c. 10 et 13.

Sola y confusa fuera del lugar santo, creyó que su depravada vida causaba la indignación del Señor, y que esto impedía su entrada en la iglesia. Hecha entonces un mar de lágrimas y prorumpiendo en amargos suspiros, se arrepintió de sus delitos pasados y de la impureza de sus últimos proyectos, prometiendo que luego que tuviese el consuelo de adorar el Sagrado leño en donde el Cordero sin mancha derramó su sangre para lavar con ella nuestras culpas, renunciaria todos los deleites y delicias del siglo, sepultándose en algun espantoso desierto que el cielo tuviese á bien señalarla. Acabada esta súplica, pudo sin dificultad alguna entrar en la iglesia, en donde adoró la Cruz; y despues, cumpliendo su promesa, se retiró á los desiertos situados al oriente del Jordan, á donde no llevó sino tres panes. Hacia treinta y siete años que se hallaba en esta vastísima soledad, cuando un solitario de la Palestina llamado Zósimo, varon consumado en la virtud y favorecido con los mas señalados dones del Altísimo, fué conducido allí para curarse de una tentacion de vanidad. Representábale su imaginacion, ó el espíritu maligno, que nadie le escedia ni en la ciencia ni en la práctica de las obras de la salvacion, cuando se presentó á él un hombre que le dijo fuese á un monasterio que estaba á las orillas del Jordan. Zósimo obedeció, dejó la comunidad en donde habia sido educado desde su infancia y vivido cincuenta y tres años, y se trasladó al lugar que se le habia dicho. Este monasterio no era en donde debia encontrar el objeto tan capaz de humillarle; mas acostumbrándose allí pasar el Jordan y recojerse al desierto durante la Cuaresma para disponerse á celebrar la Pascua con el mas profundo recogimiento, siguió Zósimo esta santa práctica, y aun se internó mucho mas que otros hermanos en aquellas vastas soledades, ocu-

pado siempre con el pensamiento de hallar algun solitario mas perfecto. Habiendo caminado cerca de veinte dias, se detuvo á eso del medio dia para hacer la oracion de sesta, y á cierta distancia sobre la derecha vió una figura humana tan negra y tan flaca que semejaba en un todo á una sombra. Al pronto se asustó juzgando que era una ilusion del demonio; pero habiéndose fortalecido con la señal de la cruz, acabó con tranquilidad su oracion; y despues volviendo los ojos hácia el objeto de su terror, vió una persona que le parecia estar desnuda, y que corria con ligereza hácia el Occidente. Era la penitente Egipciaca, cuyo cuerpo habian ennegrecido completamente los ardores del sol, escepto los cabellos que eran de una blancura extraordinaria y semejaban á una madeja de algodón que la cubriera la cabeza. Lleno de alegría Zósimo, corrió hácia la Santa creyendo que era hombre; pero huyó la Santa con una velocidad extrema hácia lo interior del desierto.

No pudiendo Zósimo alcanzarla, comenzó á gritar llorando y dando gritos: «siervo de Dios, decia, ¿por qué huyes de un pobre viejo que solo aspira á imitaros y á recibir vuestra bendicion?»—«Abad Zósimo, respondió ella, soy muger, y estoy en tal desnudez que no me permite presentarme á tus ojos. Échame tu manto, si quieres que me detenga.» Zósimo, admirado de que le llamasen por su nombre, la tiró su propio manto. En su correría habian llegado á un pantano profundo, á donde bajó María, pero habiendo subido por el lado opuesto, se sentó cubierta con el manto. Hizo alto Zósimo sobre el borde donde se hallaba, y la rogó que le digese quién era, de dónde habia venido, y desde qué tiempo y con qué motivo tenia una vida tan extraordinaria. «Por último, la dijo, nada me encubras de todos los prodigios que te conciernen y que deben servir para dar gloria al

Altísimo. No tengas mas tiempo la luz oculta, ni el temor de la vanidad te haga encubrir tantos motivos de edificacion en un silencio infructuoso. Pongo por testigo á Dios á quien ambos servimos, y por quien existimos, que en el estado de vejez y enfermedad en que me hallo, no es posible que se me haya conducido á lo interior de estos desiertos sino con el designio de manifestarme el Señor por este medio lo que hicisteis por su gloria.»

«¡Qué lejos estoy de temer el orgullo y la ostentacion, dijo suspirando la penitente! ¡Oh! ¡cuántos mas motivos tengo para temblar que te llenes de horror dándome yo á conocer! Tus oidos no podrán escuchar los enormes escesos de que debo acusarme; y si presento á tus ojos el cuadro horrible de mis iniquidades, huirás de los ecos de mi voz como del hálito mortal de un monstruo venenoso. Te lo diré no obstante todo con tanto candor como confusion; pero intercede por la suerte eterna de esta miserable pecadora, y nunca dejes de pedir al Señor que me juzgue en su misericordia.»

Contóle despues con las señales mas patéticas, y con las demostraciones mas tiernas de humildad y arrepentimiento, el desorden y licencia en que habia vivido en sus primeros años, y su conversion en el viaje de Jerusalem que habia principiado con tan diverso designio. «Mas la bondad divina, continuó, conducia por la mano á esta ciega pecadora; y la Reina de las vírgenes, á quien yo habia imitado tan mal, se dignó de interceder por mí para con su Hijo. Por inspiracion suya pasé el Jordan, despues de haberme fortalecido antes con el Viático saludable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la iglesia de San Juan Bautista, á orillas del río. Penetré luego en unas soledades tan desiertas y abandonadas, que desde que aquí vivo, no he visto criatura viviente, ni aun un bruto.» «¿Y de qué te alimentaste?»

preguntó Zósimo?—«Con tres panes que traje tuve bastante para muchos años: despues me alimenté con yerbas de estos desiertos.»—Preguntóla otra vez Zósimo, si la habia costado muchos esfuerzos la perseverancia, y si habia padecido crueles tentaciones. «¡Ah! Zósimo, respondió, lo que me preguntas me hace todavía temblar. Mis pasiones, como otras tantas bestias feroces, me atormentaron tantos años como habia pasado en satisfacerlas. Sentí por espacio de diez y siete años completos devorado mi seno por todo el ardor de las llamas impuras. Habia sido tambien apasionada por el vino, y muchas veces me hallé sin una gota de agua en los mayores rigores de la sed. Cayéronse por fin mis vestidos hechos pedazos, y tuve que padecer alternativamente y mucho el frio y el calor; de modo que muchas veces me quedé desmayada semejando á una muerta y sin movimiento alguno. Uniendo los demonios sus furores á otros muchos ataques me rodeaban como leones que respiran sangre y muerte, y al punto me sentia atrozmente tentada: entonces me daba golpes de pecho, y postrándome en tierra vertia un rio de lágrimas invocando á la mas pura de las vírgenes, mi protectora, y siempre me ha hecho triunfar de tantos enemigos.»

Al oirla Zósimo citar pasages de la Escritura, la preguntó si habia estudiado. «No, respondió sonriéndose, nunca aprendí cosa alguna de las criaturas; pero Dios enseña á los hombres, y no necesita para esto de órganos exteriores. Por lo demas, no me preguntes ya ninguna otra cosa; y acerca de cuanto acabo de decir te ruego por la Cruz de Nuestro Redentor, que nada digas á persona alguna hasta que Dios me haya sacado de este mundo. Al año siguiente no emprendas pasar el Jordan al mismo tiempo que los demas solitarios del monasterio donde habitas; aun cuando quisieras pasarle

no podrás verificarlo antes del día de la Cena del Señor. Tráeme entonces el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, que deseo vivamente recibir, y espérame sobre las orillas del río que están al lado de la tierra habitada. Dichas estas palabras encomendóse de nuevo á sus oraciones, y huyó inmediatamente hácia los reductos mas incultos del desierto. Zósimo se arrodilló, besó la tierra que la Santa había tocado con sus pies, y despues tomó, alabando á Dios, el camino del monasterio, donde llegó como sus hermanos para celebrar el día de Ramos.

Guardó un profundo y religioso silencio sobre lo que había sabido, y esperó con impaciencia á que trascurriese el año. Mas el domingo primero de Cuaresma, cuando los demás solitarios salían á pasar el Jordán, le atacó una fiebre que le recordó la profecía de la Santa, de que no podría salir del monasterio cuando lo desease. Restablecióse despues de algunos días, y el Jueves Santo llevando consigo los sagrados Misterios, partió con diligencia á las orillas del Jordán, y sentóse sobre la ribera que la santa penitente le había señalado el año anterior. Parecíanle largos los momentos: temía si por desgracia no había acudido al tiempo prefijado, y si la Santa no habiéndole hallado se había vuelto al desierto. Tendió los ojos por todas partes hácia las riberas del río, y no viendo barca alguna temió que la hubiese sido imposible pasarle. Agitado estaba con este recelo, cuando apareció súbitamente María, y despues de haber hecho la señal de la cruz sobre las aguas, caminó sobre su superficie. Penetrado Zósimo de un santo terror, se inclinó delante de ella; mas la Santa exclamó: «¿qué haces, sacerdote del Señor, dispensador del mas sagrado de sus dones?» Rogóle que rezase el símbolo y la oración dominical; y despues de haber comulgado, le obligó á ofrecerla que volvería al año si-

guiente á la cascada donde la había hallado la primera vez. Zósimo le besó los pies, se los regó con sus lágrimas, dijola que rogase por la Iglesia, por el Imperio y por él mismo, y no podía separarse de ella ni dejarla partir; pero no pudo detenerla mucho tiempo: hizo María la señal de la cruz segunda vez sobre el río, y volvió como había venido caminando sobre las aguas.

En el año siguiente cumplió Zósimo la promesa hecha á la Santa; pero habiendo llegado cerca del lugar dicho la halló muerta, con el rostro vuelto hácia Oriente y las manos cruzadas. Derramó sobre sus pies un torrente de lágrimas, sin atreverse á tocar aquel cuerpo santo. Despues de haber cantado los salmos y rezado las oraciones de la Iglesia, leyó estas palabras escritas en la arena: *Padre mio Zósimo, volved á la tierra lo que es de la tierra, y rogad por la pecadora Maria, muerta en la misma noche de la Pasión del Señor, despues de haber participado de los santos misterios que la habiais traído.* Sirvióle de mucho consuelo saber el nombre de esta Santa, que por olvido no le había preguntado; mas no sabía qué medio tomar para disponer la sepultura, cosa que hasta entonces no le había ocurrido. Se valió, aunque en vano, de algunos pedazos de madera: sus austeridades le tenían tan debilitado, y la tierra estaba tan dura por la sequedad, que perdía toda esperanza de salir con el intento, cuando vió acercarse un enorme león, que acudió á lamer los pies de la Santa. «Rey de los animales, le dijo, pues nuestro Criador te envía para que el cuerpo de su sierva no quede sin sepultura, haz tu oficio, y dame lugar para cumplir el mio.» Hizo pronto el león hoyo suficiente, en el que depositó Zósimo el cuerpo de la Santa envuelto en el manto que él la había dado. Luego que regresó al monasterio refirió todo lo que había visto y oído; vivió con mucha mas humildad

y piedad, y no murió hasta cerca de los cien años. Hónrale la Iglesia así como á Santa María Egipcíaca: á esta el día 2 de abril, y á Zósimo el día 4. Un autor contemporáneo escribió esta historia conforme á la relación que le hicieron unos monges que la habían oído á este santo abad.

No lejos de los lugares testigos de este ejemplo singular y grande, demolió un obispo de Persia, llamado Abdas, un templo consagrado á la adoración del fuego: quejaronse de ello los magos al rey Isdegerdes, y este se contentó con mandar al obispo que restableciese el templo á sus espensas. Hubiera sido sin duda mucho mejor enfrenar un celo indiscreto, que ponerse en la dura alternativa, ó de edificar un templo á los falsos dioses, ó de atraer al cristianismo una cruel persecución. El obispo, despues de esta imprudencia, se horrorizó de un escándalo tan sacrilego y que era muy semejante á la apostasía. El rey le quitó la vida, y en represalia arruinó las iglesias de los cristianos. Tal fué el principio de una horrible persecución que duró treinta años, durante tres reinados consecutivos.

No es posible pintar el refinamiento de crueldad empleado contra los fieles: á unos desollaron las manos, á otros el rostro desde la frente hasta la barba ó toda la espalda: á estos les metieron puntas de cañas por debajo de las uñas, ó por una invención tan infame como inhumana, en las partes del cuerpo mas sensibles: atados de pies y manos los arrojaron en grandes fosos, echando al mismo tiempo millares de ratones que los roían vivos; cortábanles los miembros uno tras otro, y pieza por pieza por cada juntura, de suerte que les dejaban solo la cabeza con el tronco, hasta que la violencia del dolor y el desfallecimiento los hacía espirar. Fué infinito el número de mártires: los mas conocidos son Hermisdas, persona de la primera

distinción, Suenes, Santiago y Benjamin.

Mas esta persecución, en medio de ser tan violenta, sirvió para estender mas lejos que nunca la doctrina saludable que se quería reprimir. Los sarracenos, súbditos en su mayor parte del rey de Persia, moraban en las fronteras del reino confinantes con los romanos. Mandóles Isdegerdes por consejo de los magos guardar los pasos, para impedir á los cristianos refugiarse en las tierras romanas. Causó este mandato tal compasión á Aspebetes, uno de los gefes de los sarracenos, que lejos de prender á un solo cristiano, facilitó con todo su poder su evasión; sabido lo cual por el rey, á quien dieron aviso los magos, se retiró el sarraceno al dominio romano con su hijo Terebon y toda su familia. Padecía Terebon desde sus primeros años una parálisis en toda una mitad del cuerpo, y la comunicación con los cristianos le hizo recapacitar sobre lo inútil de la medicina y de la misma magia, que sucesivamente se habían empleado para curarle. Penetrado un día de estos sentimientos, exclamó: «Gran Dios, Ser Criador, que de nada hicisteis el cielo y la tierra, y que habeis mostrado vuestra gloria á los cristianos, manifestad de la misma manera vuestro benéfico poder curándome, y desde luego renunciaré todo otro culto para abrazar vuestra Religión.» Durmióse despues de esta súplica, y vió en sueños como un solitario, cuyas facciones quedaron grabadas profundamente en su memoria: el rostro redondo, la vista placentera, un aire dulce y agradable, la estatura regular, y una barba venerable que le bajaba hasta la cintura. «Ven á buscarme, dijo á Terebon, al sitio ordinario de mi morada, y te curaré: soy Eutimio, que habito el desierto oriental á diez millas de Jerusalem.»

Había nacido San Eutimio en Melitina, ciudad de Armenia, de una familia tan distinguida por las virtudes como por la no-